



Título: Dibujo (fragmento) | Dara Alonso Arana

Sincretismo religioso, prehispanico y católico en el cuento “Chac Mool” de Carlos Fuentes

Víctor Gil Castañeda
Universidad de Colima

Resumen

El artículo analiza cómo el escritor Carlos Fuentes interpola los paradigmas de la politeísta religión prehispanica (muchos dioses), con los conceptos teológicos de la religión católica (un solo Dios). Mecanismos de fe que se ven enfrentados en un misterioso relato lleno de suspenso, intriga, sacrificios y dudas celestiales.

Palabras clave

Sincretismo religioso, teología ancestral, reencarnación.



Título: Interior (fragmento) | Dara Alonso Arana

Pre-Hispanic and Catholic Religious Syncretism in the “Chac Mool” Tale by Carlos Fuentes



Abstract

This article tells the way in which writer Carlos Fuentes interpolates the paradigms of pre-Hispanic polytheist (many gods) religion with theological concepts from Catholicism (one God). Mechanisms of faith that stand face to face in a mysterious story full of suspense, intrigue, sacrifices and celestial uncertainty.

Keywords

Religious syncretism, ancestral theology, reincarnation.

Introducción

Dicen muchos historiadores que la cultura prehispánica no ha muerto del todo. Podemos pensar que jamás fue aniquilada o exterminada, únicamente hubo una sustitución de creencias por otras. En el fondo, este sincretismo religioso y cultural lo vemos expresarse todos los días en diversas ceremonias, festividades o eventos artísticos nacionales.

La cosmovisión religiosa prehispánica está presente en obras literarias como *Águila o sol* (de la narradora, poeta y directora de teatro Sabina Berman), *La noche de Hernán Cortés* (obra dramática de Vicente Leñero), *La mar del sur* (novela de Francisco Rebollo), *Isabel Moctezuma* (obra de Eugenio Aguirre), *Piedra de sol* (extenso poema de Octavio Paz), *Hombres de maíz* (novela de Miguel Ángel Asturias), *Crónica de las destrucciones* (novela de Oliver Debrousse), *La Malinche* (obra teatral de Celestino Gorostiza), *Cuauhtémoc* (obra teatral de Salvador Novo), *Moctezuma II* (obra teatral de Sergio Magaña), *Maluco. La novela de los descubridores* (de Napoleón Baccino Ponce de León); y se extendería con obras del mundo audiovisual o fílmico como *La misión. Cabeza de Vaca*, *La otra conquista*, *El Dorado* y *Retorno a Aztlán*.

En este análisis me centraré en un bello y sorprendente cuento del mexicano Carlos Fuentes, titulado: "Chac Mool", incluido en su libro: *Cuerpos y ofrendas. Antología* (1993). Este relato nos ofrece ocho temas interesantes: las referencias a la cultura prehispánica, sus dioses y deidades, el destino o la fatalidad ante la existencia, los recuerdos de la infancia, los sacrificios indígenas, la conquista española, el trabajo burocrático y los afanes de superación personal.

Datos biográficos del autor

Carlos Fuentes nació en Panamá, Panamá, el 11 de noviembre de 1928 y murió en Ciudad de México el 15 de mayo de 2012. Reconocido novelista, cuentista, dramaturgo, ensayista y periodista cultural. Estudió la licenciatura en Derecho por la UNAM y efectuó cursos de economía en el Instituto de Altos Estudios Internacionales de Ginebra, Suiza. Fue delegado mexicano en Ginebra, embajador de México en Francia, director (junto con Octavio Paz) de la colección



literaria “Obregón”, profesor en varias universidades norteamericanas y europeas, fundador y codirector (con Emmanuel Carballo) de la *Revista Mexicana de Literatura* y director de *La Cultura en México*, entre otros.

Entre sus numerosos libros de cuentos se mencionan: *Los días enmascarados* (1954), *Cantar de ciegos* (1964), *Chac Mool y otros cuentos* (1973), *Agua quemada* (1981), *El naranjo o los círculos del tiempo* (1993), *La frontera de cristal* (1995), *Todas las familias felices* (2006), *Cuentos sobrenaturales* (2007) y *Carolina Grau* (2010). De sus novelas podemos citar: *La región más transparente* (1958), *Las buenas conciencias* (1959), *La muerte de Artemio Cruz* (1962), *Cambio de piel* (1967), *Zona sagrada* (1967), *Cumpleaños* (1969), *Terra Nostra* (1975), *La cabeza de la hidra* (1978), *Una familia lejana* (1980), *Gringo viejo* (1985), *Cristóbal Nonato* (1987), *Constancia y otras novelas para vírgenes* (1990), *La campaña* (1990), *Diana o la cazadora solitaria* (1994), *La edad del tiempo* (1994), *Los años con Laura Díaz* (1999), *Los cinco soles de México. Memoria de un milenio* (2000), *La silla del águila* (2003), *Aura* (2008), *La voluntad y la fortuna* (2008).

Entre sus numerosos ensayos aparecen: *París, la revolución de mayo* (1968), *La nueva novela hispanoamericana* (1969), *Casa con dos puertas* (1971), *Tiempo mexicano* (1971), *Cervantes o la crítica de la lectura* (1976), *Valiente mundo nuevo. Épica, utopía y mito en la novela hispanoamericana* (1991), *El coloquio de invierno* (en colaboración con Fernando del Paso y Gabriel García Márquez, 1992), *El espejo enterrado* (1992), *Geografía de la novela* (1993), *Tres discursos para dos aldeas* (1993), *Retratos en el tiempo* (1998) y *Contra Bush* (2004). Entre sus obras de teatro están: *Todos los gatos son pardos* (1970), *El tuerto es rey* (1970), *Los reinos originarios* (1971), *Orquídeas a la luz de la luna* (1982) y *Ceremonias del alba* (1991).

En su acervo también hay guiones para el cine y documentales televisivos, como *Las dos Elenas* (guionista), *El gallo de oro* (guionista en colaboración con Gabriel García Márquez y Roberto Gavaldón), *Un alma pura* (guionista), *Los caifanes* (en colaboración con Juan Ibáñez), *Pedro Páramo* (en colaboración con Manuel Barbachano Ponce y Carlos Velo), *Las cautivas, ¿No oyes ladrar los perros?* y *El espejo enterrado* (documental televisivo) (Coordinación Nacional de Literatura, 2011).

El argumento del cuento

Para quienes no hayan leído el cuento, ofrezco una síntesis de su argumento, no sin antes aclarar que se utilizan algunas técnicas literarias como el *flash back* o retornos temporales; la intercalación de la voz por parte de los dos narradores principales (Pepe y Filiberto); el animismo, que consiste en darle vida a las cosas inmateriales, pues el narrador hace hablar una escultura del dios Chac Mool.

Filiberto es un burócrata de cuarenta años que trabaja en una prestigiosa Secretaría. Muere ahogado en el puerto de Acapulco al tratar de cruzar nadando desde la playa de Caleta hasta la isla de la Roqueta. Las autoridades ponen su cadáver adentro de un ataúd, que es montado sobre un camión y cubierto con una lona para no asustar a los pasajeros, para así trasladarlo a Ciudad de México. El narrador es su amigo Pepe quien, mientras el cadáver viaja de regreso a su destino, se pone a leer un cartapacios o diario íntimo del difunto. Con esta lectura vuelve al pasado, cuando Filiberto empezó a tramitar su pensión en la Secretaría.

Son historias de su infancia y adolescencia; por ejemplo, de cuando los dos iban al mismo café de la colonia y se cuestionaban los alcances que podrían tener sus vidas, si llegarían alto en el progreso material y de quiénes se quedarían en la condición humilde del ciudadano perdido en la gran ciudad. A Filiberto le gustaba coleccionar artesanías y esculturas indígenas, incluso era un lector avezado de estas civilizaciones prehispánicas (p. 22). Por ese motivo, va a La Lagunilla para comprar una extraña figura del dios Chac Mool.

En el diario registra que un empleado de la Secretaría tiñó de color rojo el agua del garrafón, lo que ocasionó la risa del jefe. Filiberto guarda el Chac Mool en el sótano de la casona donde vive y, al poco tiempo, de forma misteriosa, se rompe la tubería y se inunda el sótano, donde el Chac Mool se está humedeciendo y llenando de lama. Posteriormente vuelve a romperse la tubería y se oyen ruidos extraños en el interior de la casa (p. 23), es un caserón lúgubre que le heredaron sus padres, pero le da miedo mudarse a un departamento moderno. El Chac Mool se ha puesto horrible de tanta humedad (p. 24).

Filiberto dice, piensa o cree que el Chac Mool tiene vida propia, le parece que tiene sentimientos y hasta empieza a salirle a la escul-



tura pelos en el cuerpo (p. 24); todo ello le provocan perturbaciones emocionales y comienza realizar mal su trabajo en la Secretaría (p. 25). Se quiere deshacer del “maldito Chac Mool”, probable origen de sus males psicológicos, pero el Chac Mool ha cobrado vida y se ha adquirido un color dorado, como verdadero dios prehispánico (p. 26). El Chac Mool comienza a caminar hacia Filiberto y en ese instante empieza a llover fuertemente.

En otra escena del pasado, registra haber sido despedido de la Secretaría porque, según creían, se volvió loco (p. 26); pero Filiberto, en su afán por conservar el empleo, le dice a su jefe que, si lo desea, su Chac Mool podría hacer llover en el desierto, pues tiene la capacidad de oler el agua y, como si fuera un viejo sacerdote indígena, les describe las cualidades religiosas (p. 27). Él percibe que el Chac Mool se molesta cuando lo comparan o emparentan con el dios Tláloc, de la cultura azteca.

Para colmo de sus males, el Chac Mool comenzó a dormir en su propia cama, se ha vuelto loco e irritable, pues tira las cosas del hogar y bebe demasiada agua. Pepe, en su narración, dice no saber en qué lengua se comunica Filiberto con el dios, mismo que golpea fuertemente en la cara a Filiberto y le advierte que lo ha tomado como esclavo, por lo que Filiberto se muestra obediente.

El Chac Mool empieza a salir por las noches de la casona, roba gatos, perros y ratones para sacrificarlos en el sótano. El lugar huele a sangre e incienso. Filiberto robó dinero de la Secretaría para mantener con vida al Chac Mool y alimentarse también él.

Siguen los males y las cosas raras, los primeros días del mes de febrero le cortaron la luz y el agua de la casona, por lo que tiene que traer agua desde una fuente cercana. Labor que realiza en las noches para evitar sospechas. Hay más elementos fantásticos y surrealistas, pues el Chac Mool, casi humanizado, desea tener sirvienta, usar jabón y tomar vino. Filiberto sospecha que, en el fondo, ese dios desea matarlo, como lo hace con los pequeños animales que introduce en las noches (p. 29).

Como no hay agua en la casona ni llueve, el Chac Mool se está poniendo tieso y malhumorado. Filiberto, cansado de estas calamidades, desea salir de vacaciones a la pensión Müller, en el Puerto de Acapulco, y abandonarlo en la casona.

Sincretismo religioso, prehispánico y católico... Víctor R. Gil Castañeda

Hay otro regreso temporal narrativo y vemos cuando llega su amigo Pepe a Ciudad de México, con el cadáver de Filiberto. Son las nueve de la noche. Acompañado por los hombres de la funeraria, van a la casona de Filiberto y los recibe un indio de color amarillento, desfigurado, como un enorme Chac Mool transformándose en ser humano. Este personaje prehispánico le indica a Pepe que lo sabe todo. Que no hay problema. Que bajen el ataúd al sótano, donde el Chac Mool será su vigilante.

Sincretismo religioso prehispánico y católico

La primera referencia a los dioses prehispánicos la hace el mismo Filiberto. Está escrita en su diario íntimo:

Pepe conocía mi afición, desde joven, por ciertas formas del arte indígena mexicano. Yo colecciono estatuillas, ídolos, cacharros. Mis fines de semana los paso en Tlaxcala o en Teotihuacán... Por cierto, que busco una réplica razonable del Chac Mool desde hace tiempo, y hoy Pepe me informa de un lugar en La Lagunilla donde venden uno de piedra y parece que barato. Voy a ir el domingo (p. 22).

Líneas atrás, Pepe y Filiberto tuvieron una ligera discusión sobre el sincretismo religioso de los mexicanos. Filiberto indica que Pepe es descreído y continuamente elabora teorías para derrocar el pensamiento de Pepe. En cierta ocasión, cuando lo ve salir de catedral, Pepe lo cuestiona con uno de sus paradigmas. Hacen alusión a los numerosos dioses indígenas, confrontando el valor de la religión católica y prehispánica. Hay algo de ironía en el siguiente diálogo:

Que, si yo no fuera mexicano, no adoraría a Cristo y —No, mira, parece evidente. Llegan los españoles y te proponen adorar a un Dios muerto hecho un coágulo, con el costado herido, clavado en una cruz. Sacrificado. Ofrendado—. ¿Qué cosa más natural que aceptar un sentimiento tan cercano a todo tu ceremonial, a toda tu vida?... Figúrate, en cambio, que México hubiera sido conquistado por budistas o por mahometanos. No es concebible que nuestros indios veneraran a un individuo que murió de indigestión. Pero un Dios al que no le basta que se sacrifiquen por él, sino que incluso va a que le arranquen el corazón, ¡caramba, jaque mate a Huitzilopochtli! El cristianismo,



en su sentido cálido, sangriento, de sacrificio y liturgia, se vuelve una prolongación natural y novedosa de la religión indígena (pp. 21-22).

Francisco López de Gómara, en las páginas 414 y 415 de su libro *Historia general de las Indias*, citado por Miguel León-Portilla (2000: 65-66), dice:

No había número de los ídolos de México, por haber muchos templos, y muchas capillas en las casas de cada vecino, aunque los nombres de los dioses no eran tantos, más, sin embargo, afirman pasar de dos mil dioses, y cada uno tenía su propio nombre, oficio y señal.

Efectivamente, debemos a Sahagún y a sus informantes — agrega Miguel León Portilla en el mismo documento—, una lista impresionante de nombres de dioses, la más extensa que se ha conservado. Si bien algunos ya habían sido consignados en numerosas fuentes, en cambio otras deidades, si no fuera por la obra del franciscano, se desconocerían del todo. Además de la gran cantidad de dioses, no podemos dejar de señalar que cada deidad se llamaba de diferentes maneras y que, igualmente sobre esto, los datos recopilados por Sahagún son de gran calidad (León-Portilla, 2000).¹

Al respecto, dice Fray Bartolomé de las Casas (1987: 48):

Por toda la Nueva España tantos eran los dioses, y tantos los ídolos que los representaban, que no tenían número, ni se pudieran con suma diligencia por muchas personas solícitas contar. Yo he visto casi infinito de ellos. Unos eran de oro, otros de plata, otros de cobre, otros de barro, otros de palo, otros de masa, otros de diversas semillas. Unos los hacían grandes, otros mayores, otros medianos, otros pequeños, otros chequitos y otros más chequitos... Unos formaban como figuras de obispos con sus mitras... otros tenían figuras de hombres; otros de mujeres; otros de bestias, como leones, tigres, perro, venados, otros como culebras, y éstos de varias maneras, enroscadas y con rostro de mujer, como se suele pintar a la culebra que tentó a Eva, otros de águilas y de búhos, y de otras aves; a otros daban figura del sol y

1 Páginas consultadas sobre los dioses: 65, 66, 75, 78, 80, 84, 91, 93, 94, 99, 100, 101, 105, 106, 109, 156, 157, 159, 168, 178, 179, 182, 183, 185, 245, 247, 291 y 314.

Sincretismo religioso, prehispánico y católico... Víctor R. Gil Castañeda

de la luna, y a otros de las estrellas; y otros formaban como ranas y sapos y peces, que decían ser los dioses del pescado.

El historiador francés Guilhem Olivier (2002: 101-120) afirma que los investigadores modernos se dieron a la tarea de clasificarlos a todos, tal es el caso de Paul Schellhas, quien a principios del siglo XX a cada uno de los dioses mayas optó por asignar una letra a los principales seres divinos plasmados en los códices y a las deidades menores les ponía una letra más su nombre en idioma maya. Alfonso Caso e Ignacio Bernal hicieron lo mismo con los dioses de la cultura zapoteca; mientras que David Joralemon hizo lo propio con los dioses de la cultura olmeca; sin embargo, para los dioses del México central, Henry B. Nicholson, agrupó a las deidades nahuas en tres diferentes *complejos*: un primer complejo era para las “Deidades celestes creadoras”, el segundo era para las “Deidades de la fertilidad y la agricultura” y el tercero fue para las “Deidades de la guerra y el sacrificio para nutrir el sol y la tierra”.

Los dioses indígenas tienen apariencia de seres polimorfos, podían esconderse bajo los rasgos de animales terrestres, animales marinos, plantas y aves (León Portilla, 1997). De hecho, todas las deidades prehispánicas tenían algún tipo de vínculo con la fauna; por ejemplo, Quetzalcóatl (“Serpiente emplumada”), Itzpapálotl (“Mariposa de obsidiana”) y Chicomecóatl (“Siete serpientes”); también se manifestaban con la apariencia de uno o varios animales. Igualmente existían los dobles, gemelos o seres parecidos a los dioses que eran llamados *Nahuatlín*. Los antiguos mexicanos cargaban en sus migraciones o festejos objetos o conjunto de objetos que iban envueltos en mantas, llamados *tlaquimilolli* (cosa envuelta) que también funcionaban o actuaban como imágenes divinas. Estos bultos sagrados eran adorados en toda Mesoamérica. Los cargadores de estos seres divinos eran llamados *teomama*.

A veces, los indígenas insultaban de manera poco agradable a sus dioses, por no librarlos de sus enfermedades o sufrimientos; en otras ocasiones, el dios no se enojaba y concedía a las personas molestas lo que le pedían, aunque fueran insultos, y es que los antiguos mexicanos atribuían un poder especial a las palabras para influir en sus dioses. Para muchos de los cronistas de Indias y evangelizadores se aplicó con estos dioses la fe cristiana. Así también los



comparaban con los dioses mitológicos de la cultura grecolatina; por ejemplo, no es de extrañar que Huitzilopochtli fuera otro Hércules, Tezcatlipoca otro Júpiter, Chicomecóatl otra Ceres, Tlazoltéotl otra Venus, entre otros. Según Sahagún (2002), aplicaron el nombre de dioses a seres de piedra o madera y que extendieron la idea de divinidad a muchos otros seres por su propensión de aplicar el término *teutl* (dios), a todo lo que les parecía extraordinario (León-Portilla, 1997).²

Guilhem Olivier (2002) indica que, para los indígenas como para los cristianos, la derrota de los mexicas y de su dios Huitzilopochtli frente a los soldados españoles había sido una demostración fehaciente del poderío del Dios cristiano, por ello sabían que les convenía estar en buenos términos con él; sin embargo, para los indios, la adopción de un nuevo dios no implicaba, de ninguna manera, el abandono de los anteriores, pues su religión politeísta había sido construida, precisamente, a lo largo de los milenios a través de la continua agregación de dioses y creencias provenientes de distintos pueblos. Por eso, para ellos resultaba natural aceptar el catolicismo sin abandonar sus antiguas creencias. El mismo Olivier agrega que, para entender la religión del México antiguo conviene conocer cómo concebían al universo los mexicanos. Si bien existieron variantes, tanto en el espacio como en el tiempo, los principios generales que fundamentaron la percepción indígena de la tierra, el cielo y el inframundo fueron muy similares. A grandes rasgos, se puede decir que los antiguos mexicanos pensaban que la tierra era una superficie plana, de forma rectangular o circular, rodeada por el mar que se levantaba en sus extremos para alcanzar los cielos.

Tenemos como caso a los Bacab, que eran deidades mayas que sostenían los cielos. También simbolizados como cuatro árboles que representaban los cuatro puntos cardinales y uno en el centro, que sería el quinto árbol o dios. Cada uno era portador de un día y se le representaba con un color diferente; por ejemplo, Kanal Bacab era el Sur, color amarillo y portador del día *Cauac*; Chacal Bacab era el Este, color rojo y portador del día *Kan*; Zacal Bacab era el Norte, color blanco y portador del día *Muluc* y Ekel Bacab era el Oeste, color

2 Páginas consultadas para Quetzalcóatl: 17, 28 y 158. Páginas consultadas para otros dioses: 18, 24, 28, 29, 34, 40 y 144. Páginas sobre el Dios único: 28, 139 y 142.

Sincretismo religioso, prehispánico y católico... Víctor R. Gil Castañeda

negro y portador del día *Lamat*. Por eso los cuatro Bacab, que eran patrones de la apicultura, se confundían con los dioses de la lluvia y del viento (Olivier, 2002: 101-120).

En el México central, éstos cuatro portadores del cielo fueron representados en el *Códice Borgia* y el *Códice Vaticanus 3773*, por eso aparecen los cuatro dioses nahuas asociados a dichos puntos cardinales: Tlacahuizcalpantecuhtli, Este, portador del día y año *acatl*; Xihutecuhtli, Norte, portador del día y año *tecpal*; Quetzalcóatl, Oeste, portador del día y año *calli* y Mictlantecuhtli, Sur, portador del día y año *tochtli*. Además, tenían vínculos con las estrellas y con los seres llamados Tzizimime, que iban a descender al fin del mundo o durante los eclipses para devorar a los hombres. La noción de los cuatro sostenedores del cielo se conserva en varios grupos indígenas actuales; por ejemplo, los huastecos de San Luis Potosí consideran que cuatro hombres que murieron ahogados están encargados de dicha tarea, y cada año, cuatro nuevos ahogados los sustituyen.

Sobre la división vertical del cosmos, las fuentes presentan divergencias en algunos detalles, no obstante, parece que los mesoamericanos pensaban que existían trece cielos y nueve capas para el inframundo. Cada una de éstas estaba habitada por dioses, astros y otros seres mitológicos. En el *Códice Vaticano-Latino 3783* se representan los diferentes cielos: en el primero moraba la Luna (el Tlalocan); en el segundo, La falda de estrellas (Citlalicue); en el tercero el Sol (Tonatiuh); y así hasta el más alto, el decimotercero, que es donde moraba el Lugar de la dualidad (el Omeyocan), donde vivían Ometecuhtli y Omecíhuatl, "La pareja suprema" (León-Portilla *et al.*, 2002).³

En el libro *Historia documental de México*, sus autores, citando la *Relación de Fray Diego de Landa*, quien habla de la civilización maya, explican:

Tenían gran muchedumbre de ídolos y templos y suntuosos en su manera, y aún sin los comunes templos, tenían los señores, sacerdotes y gente principal, oratorios y ídolos en casa para sus oraciones y ofrendas particulares y que tenían en Cuzmil (isla de Cozumel) y pozo de Chichen Itzá en tanta veneración, como no-

³ Páginas consultadas para otros dioses: 61, 65, 66, 69, 70, 72, 73, 74, 76, 78, 85, 88, 89, 90, 95, 103 y 106.



sotros a las romerías de Jerusalén y Roma y así les iban a visitar y ofrecer dones principalmente a la de Cuzmil como nosotros a lugares santos; y ya que no iban siempre enviaban sus ofrendas; y los que iban tenían de costumbre de entrar también en templos derelictos (abandonados), cuando pasaban por ellos a orar y quemar copal (León-Portilla *et al.*, 1984).

Niveles del inframundo y el cielo

El investigador Gonzalo Yáñez García (s.f.), en su libro titulado *Mesoamérica y los dioses que contaban el tiempo*, menciona que había un calendario sagrado compuesto de 260 días, también conocido como “Cuenta de los destinos”; que los sacerdotes-astrónomos mesoamericanos asignaron 13 niveles celestes y nueve para el inframundo, que se desprenden del año sideral del planeta Venus, que es de 225 días multiplicados por 2.6; que son 13 niveles celestes de 45 días cada uno o nueve niveles del inframundo de 65 días cada uno, y en los cuales habitaba una deidad en cada uno de ellos. Así es que cuando alguien nacía, su destino era significado con una deidad celestial y otra del inframundo, también conocida como “el Acompañado”; ambas deidades repetían su posición cada 117 días y al sumar 20 repeticiones se completaban nueve años de 260 días. A su vez, cuando sumaban 18, integraban 13 años civiles de 360 días.

Las deidades se combinaban ininterrumpidamente al compás de las trecenas, dentro de las cuales las que ocupaban la esfera celeste siempre conservaban su numeral. No así las que habitaban en el inframundo, que se combinaban con las celestes rotando infinitamente por los 13 numerales. Y cuando llegaban los días infaustos, simplemente ninguna deidad de ningún nivel se presentaba, sin que esta circunstancia interrumpiera el avance de las trecenas, ni el orden en que se alternaban dichas deidades, para decidir el destino de todos los pueblos mesoamericanos (Yáñez García, s.f.: 54-55).

El calendario prehispánico se componía de 18 meses, con 20 días cada uno, que multiplicados entre sí nos dan la cantidad de 360 días. Tal y como era conocido el calendario civil, al cual agregaban otros cinco días que ellos consideraban de *mal agüero* o días vacíos, que sumaban 365 días. Cuando se trataba de un año bisiesto, agre-

Sincretismo religioso, prehispánico y católico... Víctor R. Gil Castañeda

gaban un día más, que daba la suma total de 366 días. Este orden de los días se encuentra grabado en la Piedra del Sol, también conocida como Calendario Azteca, ubicado en el Museo Nacional de Antropología.

Los 20 días del mes llevaban su propio nombre: Cocodrilo, Viento, Casa, Lagartija, Serpiente, Muerte, Venado, Conejo, Agua, Perro, Mono, Hierba, Caña, Tigre, Águila, Zopilote, Movimiento, Pederal, Lluvia y Flor. Los días vacíos o de mal agüero eran llamados Nemontemi. Los 18 meses del año también tenían su propio nombre: Izcalli, Atlcahualo, Tlacaxipeualitztl, Tozoztontli, Hueitozotli, Tóxcatl, Etzalcualitztl, Tecuilhutontli, Hueitecuihuitl, Tlaxochimaco, Xocotllhuetzi, Ochpanitztl, Teotleco, Tepeíhuitl, Quecholli, Panquetzalitztl, Atemoztli y Títitl. (Yáñez García, s.f.: 7-8).

La desconcertante impresión que tuvieron los conquistadores españoles con tal cantidad de dioses la podemos entender con la siguiente explicación del investigador francés Patrick Johansson:

El contacto cognoscitivo del español con el indígena es ante todo el encuentro entre una visión trascendental del mundo, en la que el sujeto y el objeto se distinguen radicalmente, mediante una perspectiva intelectual y un sentimiento inmanente de consustancialidad con el mundo que identifica experiencia y conocimiento. El ser se trasciende a sí mismo en el espacio del conocimiento español, mientras que la empatía propia del saber indígena subraya el carácter sensible de la presencia del hombre en el universo. A estos planteamientos gnoseológicos corresponden, en el ámbito religioso, la idea cristiana de un dios trascendente, exterior a su creación, y por parte de los indígenas, de unos dioses que representan distintos aspectos fenoménicos de un mundo sagrado en su totalidad (Johansson, 1994: 37).

El dios Chac Mool

Dice Alfonso Caso (2007: 27) que en sitios como Chichen Itzá (Yucatán) o Tula (Hidalgo) hubo intercambios religiosos y culturales, apreciados en las columnas de serpientes emplumadas, frisos de guerreros, jaguares en actitud de caminar y las estatuas del dios Reclinado o Chac Mool; igualmente por las cariátides, lápidas con



hombres-pájaros-serpientes, anillos de juego de pelota y representaciones del dios Quetzalcóatl.

Alfredo López Austin y Leonardo López Luján, explican que la escultura del Chac Mool se trata, en la mayoría de los casos, de una figura humana reclinada hacia atrás, con las piernas encogidas y la cabeza girada, en cuyo vientre descansa un recipiente circular o cuadrado. El nombre maya, con el cual se le conoce, fue asignado por el explorador Augustus Le Plongeon, quien en sus excavaciones en Chichén Itzá encontró a finales de 1874 una de estas esculturas y la trasladó a Mérida (figura 1); tres años después, la figura se envió a Ciudad de México, lo que provocó una fuerte protesta por parte de su descubridor. Posteriormente se han encontrado otras esculturas de este tipo, en diferentes lugares de Mesoamérica; si bien son más abundantes en Tula (Hidalgo) y en Chichén Itzá (Yucatán), también en Ciudad de México se han hallado varias, tal es el caso de la que se recuperó en el año 1943 en la calle Venustiano Carranza, labrada en el típico estilo azteca, o la excavada frente al adoratorio de Tláloc —en la etapa II del Templo Mayor de Tenochtitlan (1390 d.C.)—, la cual aún conserva sus colores originales. Por su parte, un ejemplo de Chac Mool tolteca traído de Tula a Tenochtitlan es el que encontraron entre los cimientos del Palacio del Marqués del Apartado, en la calle de Argentina frontera al Templo Mayor, la cual guarda la posición ya conocida y sobre el vientre presenta un recipiente rectangular, pero además lleva amarrado un navajón en el brazo, tal como lo vemos en los Chac Mool de factura tolteca; posiblemente fue decapitado en tiempos de la construcción del palacio, pues la cabeza no se encontró en las labores de rescate.

Ahora bien, ¿qué representan estas enigmáticas figuras? Hay diversas interpretaciones acerca de su función. Por un lado, cabe aclarar que siempre han sido encontradas en contextos sagrados; es decir, asociadas a pequeños altares (como en el caso de Tula y Chichén Itzá), a juegos de pelota o directamente relacionadas con el dios de la Lluvia, como lo vemos en el Templo Mayor de los aztecas. Se le atribuyen dos funciones diferentes: (1) Como altar en el que se colocaba la ofrenda dedicada al dios, ya fueran alimentos, corazones u otros dones; (2) como piedra de sacrificios. Otro aspecto interesante es que este tipo de escultura corresponde en su mayoría

Sincretismo religioso, prehispánico y católico... Víctor R. Gil Castañeda

al Posclásico (años 900-1521 d.C.). Entre las interpretaciones que se han dado acerca de este personaje, están aquellas que lo identifican con un dios específico, como un intermediario entre los ofrendantes y los dioses, o como un guerrero. Quizá no siempre tuvo el mismo significado, pues es bien sabido que una determinada representación puede cambiar con el paso del tiempo; por ejemplo, entre los belicosos toltecas hubieran podido representar a un guerrero, pues posee atributos muy similares a los de los atlantes: está armado, luce el pectoral de mariposa y lleva un navajón atado en el brazo. En el caso de los Chac Mool encontrados en Tenochtitlán, que tratan de imitar a los toltecas, vemos que guardan estrecha relación con Tláloc, el dios de la Lluvia.

Figura 1

Chaac-Mool, imagen encontrada por el explorador Augustus Le Plongeon



Fuente: <https://www.mexicodesconocido.com.mx/el-enigma-de-los-chac-mool.html>

Un reciente estudio muestra que, en el caso de estos últimos, suman hasta el momento una docena, tanto los más tempranos como los de la época imperial están asociados a este dios. El caso más claro es el Chac Mool localizado en su sitio original, frente al adoratorio de Tláloc en el Templo Mayor de Tenochtitlán. A éste hay que sumar la cabeza hallada en el núcleo de la misma etapa constructiva, y cuyo rostro muestra una posible parálisis facial, enfermedad relacionada con Tláloc (López Austin y López Luján, 2001: 68-73).



Como puede apreciarse, esta figura presente en muchas partes de Mesoamérica —pero sobre todo en Tula y Chichén Itzá, además de la capital azteca—, por sus peculiares características despierta el interés de los estudiosos tratando de establecer su función y a quién está dedicado. Nuevos hallazgos habrán de ayudar en la interpretación de este enigmático personaje de posición inverosímil que, incluso, influye en la creatividad de escultores, como Henry Moore, quien diseña lo que podría ser una versión moderna de Chac Mool, con figuras recostadas de gran fuerza y dinamismo, tal como sus antecesoras creadas por anónimos escultores mesoamericanos.

Arturo Novoa considera que el Chac Mool, tanto azteca como el de Tula, Hidalgo, y de Chichén Itzá, muestra a un ser que “viajaba en el tiempo”, que era el mensajero que llevaba noticias (buenas y malas) a las tribus, pues aparece en las culturas aztecas, mayas y toltecas. Era pues, el Chac Mool, una deidad que tenía el poder de viajar en distintas épocas.⁴

Los hermanos Luis y Jorge Alberto Tijerina Sánchez, argumentan que en la ciudad de Tula fueron encontradas durante las excavaciones dos canchas de las conocidas como Juegos de pelota, en el llamado Edificio 2, que cierra la plaza principal por el lado poniente; además de que encontraron en el mismo lugar una imagen del dios Chac Mool y la estatua de un guerrero, más un portaestandarte y una lápida con un bajo relieve de un jugador de pelota. Todas estas piezas se encuentran en la Sala Tolteca del Museo Nacional de Antropología e Historia en la Ciudad de México. El juego de pelota número 2 de Tula es de tamaño mediano, comparado con los de Xochicalco, Tajín o Dainzú; y pequeño comparado con el monumento del juego de pelota de Chichén Itzá. Su estructura en forma de doble T mide 67 metros de largo y 12.50 metros de ancho; en la parte central se encuentran, en ambos lados, los anillos de piedra por donde los jugadores pasaban la pelota de hule y en los dos extremos de la cancha había nichos o altares pequeños donde se colocaban las figuras de sus dioses (Tijerina Sánchez y Tijerina Sánchez, 1998: 15).

4 Ejemplos de diversas imágenes de Chac Mool en: <https://www.mexicodesconocido.com.mx/el-enigma-de-los-chac-mool.html>.

Sincretismo religioso, prehispánico y católico... Víctor R. Gil Castañeda

Carlos Fuentes (1993: 22-23) deja en su cuento varias referencias a las cualidades del Chac Mool; por ejemplo, con relación al derramamiento de sangre hay una sugerencia metafórica en un humorístico suceso que ocurrió en la Secretaría. En su diario íntimo, Filiberto escribió: "Un guasón pintó de rojo el agua del garrafón en la oficina, con la consiguiente perturbación de las labores"; y otra referencia dice: "Encontré el Chac Mool en la tienducha que me señaló Pepe. El desleal vendedor le ha embarrado salsa de tomate en la barriga al ídolo para convencer a los turistas de la sangrienta autenticidad de la escultura".

Asociado con el dios Tláloc, el Chac Mool tiene injerencia en las lluvias, el agua que corre o se precipita. El cuento de Carlos Fuentes tiene muchas indicaciones o guiños a esta simbólica representación:

Amanecí con la tubería descompuesta. Incauto, dejé correr el agua de la cocina y se desbordó, corrió por el piso y llegó hasta el sótano sin que me percatara (p. 23).

El plomero no viene; estoy desesperado. Del Departamento del Distrito Federal, más vale no hablar. Es la primera vez que el agua de las lluvias no obedece a las coladeras y viene a dar a mi sótano (p. 24).

Chac Mool puede ser simpático cuando quiere, un glu glu de agua embelesada. Sabe historias fantásticas sobre los monzones, las lluvias ecuatoriales y el castigo de los desiertos. Chac Mool revela cómo fue descubierto por Le Plongeon y puesto físicamente en contacto con hombres de otros símbolos (p. 27).

Ligado a las piedras de sacrificio, el Chac Mool tiene mucho espacio en el cuento de Carlos Fuentes, primero una advertencia de su carácter:

No pareció gustarle mi pregunta sobre su parentesco con Tláloc, y cuando se enoja, sus dientes, de por sí repulsivos, se aflan y brillan (p. 27).

Hoy descubrí que en las noches Chac Mool sale de la casa. Siempre, al anochecer, canta una tonada chirriona y antigua, más vieja que el canto mismo ... la recámara está en ruinas, y allí se concentra ese olor a incienso y sangre que ha permeado



la casa. Pero detrás de la puerta hay huesos: huesos de perros, de ratones y gatos. Esto es lo que roba en la noche el Chac Mool para sustentarse (p. 28).

La referencia final del sacrificio es muy clara: recordemos al personaje Filiberto, ahogado en Acapulco y su posterior traslado a Ciudad de México, en un ataúd que será recibido por el Chac Mool. Un ser transformado en un indio amarillento que lo tendrá bajo custodia.

Otro dios Chaac

Escrito como Chac, Chac Xib Chac, Chaac o Chaak, entre los mayas era el dios de la Lluvia y del Rayo. Decían que era el dios que cultivó la tierra. Los sacerdotes de Uxmal, Yucatán, lo reverenciaban. En el libro *Chilam Balam de Chumayel*, Piña Chán (1999: 46-47) lo menciona también como Chacté.

En otras regiones era representado con una nariz larga, con colmillos o volutas en los extremos de la boca, a quien en los códices vemos produciendo lluvia al orinarse sobre la tierra o dejando caer agua sobre la tierra, usando calabazas o vasijas de cerámica (Gallenkamp, 1981: 130).

Otras fuentes señalan que este dios de la Lluvia se representaba como un anciano con un ojo de reptil, nariz larga enrollada y dos colmillos; era de gran importancia para las cosechas. Algunos cronistas indican que Chaac es otra de las principales figuras en el panteón maya, está asociado al agua, los relámpagos y la lluvia, por lo que se le invoca en la actualidad bajo el nombre de Santo Tomás, para obtener buenas cosechas. En la cultura maya era representado como un hombre viejo, con rasgos de reptil y una trompa (o nariz) larga, inclinada hacia arriba. El dios Chaac tiene su equivalente centromexicano a Tláloc (cultura azteca) y a Pitao Cocijo (cultura zapoteca). Cabe mencionar que es una de las figuras más veneradas en la península de Yucatán, zona caracterizada por la sequía, donde se imploraba por el agua y donde múltiples edificios le rinden honor (Cajal, s.f.).

Antonio Morales (1994: 74) agrega que Chaac también era un gigante, dios de la Agricultura y al mismo tiempo dios de las Tem-

Sincretismo religioso, prehispánico y católico... Víctor R. Gil Castañeda

pestades, los Truenos y los Relámpagos, era el que anunciaba o presagiaba las lluvias bienhechoras.

Ricardo Mimenza agrega que Chaac, en la antigua cultura maya, era el Dios de la Agricultura. Al cenote de Chichén-Itzá eran arrojadas doncellas hermosas e inocentes y niños vivos para hacerse propicio al dios de las Cosechas. Desde que se fijaba el día magno de las ceremonias, la víctima era objeto de tratamientos exquisitos y respetuosos; se le albergaba y cuidaba entre flores; se dulcificaba su prisión con reiterados obsequios y visitas; se le alimentaba, acariciaba y mimaba en extremo; se le paseaba por la ciudad ricamente vestida entre bailes y regocijos, comilonas y jolgorios, pues era el “enviado a los dioses”. El día del acto se enramaba el templo, se conducía a la víctima regiamente ataviada y coronada de flores, ungida de añil y aromas. A estos dioses agrícolas se les festejaba o tenían su veneración principal en el mes número dieciséis, conocido como *Pax*, que corresponde al mes de mayo en el calendario actual (Mimenza Castillo, 1938: 84, 88-89, 91).

Chaac, dice Víctor Von Hagen (1979), en la antigua cultura maya éste era el dios de la Lluvia, fácilmente reconocible porque “tenía una larga trompa por nariz. Sus ojos tenían forma de T, como de lágrimas en el momento de caer. El agricultor colocaba estos dioses de barro en el suelo, confiando que le ayudarían a producir la lluvia necesaria” (p. 81).

No era considerado como una deidad única, sino que la simbolizaban como una deidad múltiple, pues representaba las advocaciones de los cuatro puntos cardinales. Cada una de ellas tenía su propio nombre, ubicación celeste y color. Por ejemplo:

- (1) Chaac Xib Chaac significaba el Hombre Rojo, el Chaac del Este.
- (2) Sac Xib Chaac significaba el Hombre Negro, el Chaac del Oeste.
- (3) Tab Sib Chaac simbolizaba el Hombre Blanco, el Chaac del Norte.
- (4) Ek Xib Chaac simbolizaba al Hombre Amarillo, el Chaac del Sur (Tijerina Sánchez y Tijerina Sánchez, 1998: 25).



Referencias bibliográficas

- Cajal, A. (s.f.). *Los 30 dioses mayas principales y su significado*. Tomado de: <https://www.lifeder.com/dioses-mayas/>
- Caso, A. (2007). *Obras. El México antiguo. No. 8. Calendarios, códices y manuscritos antiguos. Zapotecas y mixtecas*. Coordinadora Editorial Rosa Campos de la Rosa. México: El Colegio Nacional.
- Coordinación Nacional de Literatura (2011). *Otros países. Fuentes, Carlos: 1928-2012*. México: Secretaría de Cultura Federal e INBA. Tomado de: <https://literatura.inba.gob.mx/otros-paises/5321-fuentes-carlos.html>
- De Las Casas, Fray Bartolomé (1987). *Los indios de México y Nueva España. Antología*. Edición con prólogo, apéndice y notas de Edmundo O' Gorman. 6ª edición. Colección Sepan Cuántos, No.57. Colaboración de Jorge Alberto Manrique. México: Editorial Porrúa.
- Fuentes, C. (1993). Chac Mool. En: *Cuerpos y ofrendas. Antología*. Sección Literatura. Prólogo de Octavio Paz. Colección El Libro de Bolsillo. 1ª reimpresión de la 7ª edición. México: Alianza Editorial.
- Gallenkamp, Charles. (1981). *Los mayas. El misterio y redescubrimiento de una civilización perdida*. México: Editorial Diana.
- Johansson Keraudren, P. (1994). *Voces distantes de los aztecas. Estudio sobre la expresión náhuatl prehispánica*. México: Fernández Editores. Pp. 331.
- León-Portilla, M. (2000). *El destino de la palabra. De la oralidad y los códices mesoamericanos a la escritura alfabética*. Tercera reimpresión. Sección de Obras de Antropología. México: FCE y El Colegio Nacional. Pp. 406.
- León-Portilla, M. (1997). *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*. México: FCE.
- León-Portilla, M.; Romero Galván, J.R.; Hernández de León-Portilla, A., et al. (2002). *Bernardino de Sahagún. Quinientos años de presencia*. Monografías: 25. México: Edición de Miguel León Portilla y el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM.
- León Portilla, M.; Carrera Vázquez, A., et al. (1984). *Historia documental de México No. 1*. 3ª edición. Serie Documental No. 4. México: UNAM/Instituto de Investigaciones Históricas.
- López Austin, A. y López Luján, L. (2001). Los mexicas y el Chac Mool. *Revista Arqueología Mexicana*, pp. 68-73. Disponible en: <http://www.latinamericanstudies.org/aztecs/Chacmool-Mexicas.pdf>
- Mimenza Castillo, R. (1938). *Los templos redondos de Kukulkán*. México: Ediciones Botas.
- Morales Gómez, A. (1944). Los mayas. En: B. Costa Amic (dirección), *El Tlilamatl o libro de los dioses*. México: Editora Intercontinental.
- Olivier, G. (2002). La religión en el México antiguo. En: Lorenzo Ochoa (coordinador), *El mundo prehispánico* (pp. 101-120). Tomo I. México: Planeta De Agostini/ CONACULTA/ INAH.

Sincretismo religioso, prehispánico y católico... Víctor R. Gil Castañeda

- Piña Chan, R. (1999). *Quetzalcóatl. Serpiente emplumada*. Sección: Obras de antropología. 9ª reimpresión. México: FCE.
- Tijerina Sánchez, L.J. y Tijerina Sánchez, J.A. (1998). *La actividad física y recreativa en el México prehispánico*. 2ª edición. México: Centro de Estudios Universitarios de la Universidad de Nuevo León/ Dirección General de Derechos del Autor de la SEP, con el número 11463/91, Libro 13, Fojas 8, 79 pp.
- Yáñez García, G. (s.f.). *Mesoamérica y los dioses que contaban el tiempo*. México: SEP-Indautor.
- Von Hagen, V.W. (1979). *Los mayas. La tierra del faisán y del venado*. Colección: Culturas básicas del mundo. 11ª edición. México: Ed. Joaquín Mortiz.

Recepción: Octubre 22 de 2020

Aceptación: Enero 11 de 2021

Víctor Ramiro Gil Castañeda

Correo electrónico: victor_gil@ucol.mx

Mexicano. Licenciado en Letras y Comunicación por la Universidad de Colima y maestro en Literatura Hispanoamericana por la UNAM y la Universidad de Colima. Es profesor de tiempo completo en la Facultad de Letras y Comunicación; coordinador del programa *Círculos de lectura y talleres literarios* del CEDELUC (2000-2021); apoyo técnico del Seminario de Lengua y Cultura Náhuatl (2000-2021) organizado desde 1994 por la UNAM y la U de C y miembro del Comité Editorial de la *Revista Interpretextos*, desde su primer número. Autor y coautor de artículos, libros y capítulos de libros. Su línea de investigación es la teoría y crítica literaria.



Título: **Niña 1** (fragmento)
Artista: Dara Alonso Arana